

de Ustinov es un vehículo para el autor, doblado en primer actor. Su trama es de moderada originalidad. En un lugar perdido de Alemania ocupada, cuatro coroneles (francés, inglés, norteamericano, ruso) son invitados a un castillo en que todavía reposa la Bella Durmiente. Los cuatro quedan (es natural) perdidamente enamorados. Con la colaboración de dos miseros inmortales — un genio malo, una genia buena — pueden intentar la conquista de la Bella. Pero deben representar, en un escenario su visión de la Bella y del amor. Para el francés todo se resuelve en un episodio picaresco en que Ustinov satiriza los caracteres más superficiales de Beaumarchais y Marivaux. El inglés concibe su episodio según el molde shakespiriano; el ruso se inspira en Chejov y no concluye nada. El norteamericano en los films de gangsters, en la divulgada Lluvia de Maugham y en El bosque petrificado de Robert E. Sherwood. Todos fracasan. Por algún distinto motivo, la Bella permanece inaccesible. En tanto que el inglés y el francés deciden quedarse en el Castillo, seguir durmiendo, o soñando, a ver si alcanzan un día a la Bella, el norteamericano y el ruso vuelven a la falda de la montaña, a la realidad en fin. El mensaje político resulta bastante obvio.

Pese a tan ilustres antecedentes literarios —y a algunos cinematográficos recientes como Hotel Sahara que protagonizó el mismo Ustinov y Four in a Jeep, la generosa y mediocre película de Leopold Lindtberg — la obra sólo procura hacer reír contrastando las peculiaridades más obvias de las cuatro nacionalidades, abarcando un campo que va desde el slang hasta el alma rusa, desde el understatement inglés hasta la parodia canallasca de Beaumarchais. Además Ustinov se da el gusto de aparecer en cinco papeles distintos, algunos de eficacia inmediata como el gotoso del episodio francés o el coronel retirado del ruso. Con no menor versatilidad, Moira Lister encarna no sólo a la Bella

EL TEATRO CONTEMPORANEO

Conclusión

Durmiente sino a una accesible midinette, a una lacrimógena princesa isabelina, a una aburrida señorita rusa de provincias, a una prostituta norteamericana (redimible, como todas, es claro). La sobreabundancia de temas y alusiones, el bajo patrón que ha usado Ustinov para hacer saltar la risa, conspiran contra su calidad, contra su viabilidad dramática. De su atracción en la taquilla da fe la circunstancia de que ya se prepara su estreno en Broadway, en tanto que Eric Portman ensaya para setiembre la próxima obra de Ustinov: El fotógrafo del Rey Lear.

No quiero terminar esta reseña sin mencionar tres obras de autores franceses que se han destacado esta temporada en Inglaterra: L'invitation au chateau de Jean Anouilh, que Christopher Fry tradujo con el eufónico y misterioso título de Ring Round the Moon; La petite hutte de André Roussin, adaptado por Nancy Mitford; Les parents terribles de Jean Cocteau, rebautizado Intimate Relations. Hace más de un año que las dos primeras llenan sus respectivos teatros; la última recién empieza su carrera en el West End. La deliciosa comedia de Anouilh ha sido traducida por Fry con gracia impecable, con brío, y puesta en escena con exquisito ingenio por Peter Brook sobre decorados y vestuarios de Oliver Messel. Una interpretación de primer orden en que se destaca Paul Scofield (25 años), contribuye al éxito de éste, el más brillante espectáculo londinense. The Little Hutte explota la escabrosa situación de un ménage à trois naufragado en una isleta. El arte de los sobreentendidos con que Robert Morley, David Tomlinson y Joan Tetzel manejan el diálogo, y el ajuste con que Peter Brook y Oliver Messel ordenan nuevamente sus ta-

reas, rescata esta comedia de toda salacidad y la envuelve en una milagrosa, estilizada atmósfera, de farsa. La pieza de Cocteau con su parodia de las pièces bien faites del naturalismo, tiene en Fay Compton una intérprete capaz. Pero ni la producción, ni el resto del elenco son demasiado

memorables. Eso es, creo, todo. Tal abundancia y variedad de un panorama teatral en una temporada excepcional justifica lo afirmado al comienzo. El teatro inglés cuenta hoy con una tradición no sólo dramática (Shakespeare y los isabelinos, los comediógrafos de la res-

tauración. Wilde, Shaw y los modernos) sino técnica; cuenta con artistas y con artesanos. Lo más alentador es que muchos de estos (Peter Brook o Anthony Quayle, Richard Burton o Paul Scofield) son jóvenes, de increíble madurez; que un Redgrave o un Ustinov no han cumplido aún los cuarenta; que los mayores (Olivier, o Sir Ralph, John Gielgud, Guinness) están en la plenitud. Mucho puede esperarse aún de este teatro. Mucho, y sobre todo lo que más falta ahora: autores.

Emir Rodríguez Monegal



Ediciones Recientes

EN VENTA EN LIBRERÍA "ATENEA"

COLONIA 1263.

Teléfono: 8 32 00

Pierre Michaut. — Le Ballet Contemporain. — 129 illustrations	\$ 8.75
Paul Mausset. — Parallélé 38	" 3.90
Elie Faure. — Equivalences	" 6.75
Decoración de France. — Appartements et Hôtels Particuliers	" 37.00
Meyer Schapiro. — Van Gogh.	" 30.00
Rene Grousset. — De la Chine au Japon. — Les documents D'Art	" 30.00
Georges Pillement. — Cloîtres et Abbayes de France	" 21.00
De Saint Exupéry. — Le Petit Prince. — Avec des aquarelles de l'auteur ..	" 5.00
Otto. — Mystique D'Orient et Mystique D'Occident	" 6.80
Cortés Juárez. — El Grabado contemporáneo	" 4.50
Guillermo De Torre. — Problemática de la Literatura	" 2.40
Descartes. — Los Principios de la Filosofía	" 2.70
Sarah Bollo. — El Modernismo en el Uruguay. — Ensayos estilísticos ..	" 2.80
Etiene Gilson. — El Ser y la Esencia	" 4.50
José Montesinos. — Estudios sobre Lope	" 3.60
Casaldueño. — Sentido y Forma del Teatro de Cervantes	" 4.50
Dora Isella Russell. — Première Anthologie	" 2.00
Waldo Frank. — La isla del Atlántico	" 4.80
Lawrence Kubie. — Psicoanálisis	" 4.00
Charlotte Wolff. — Psicología del Gesto	" 6.00
John Dewey. — La Educación de Hoy	" 2.00
Gonzague De Reynold. — El Mundo Ruso. — La formación de Europa ..	" 3.00
Navarro Tomás. — Pronunciación Española	" 3.60
Bertran Russell. — Misticismo y Lógica y otros ensayos	" 3.60
Wartburg. — Problemas y métodos de la lingüística	" 4.50
Eduardo Alfonso. — Problemas Religiosos. Historia comparada	" 5.00
Paul Claudel. — Partición de Mediodía	" 2.20
Simone De Beauvoir. — Todos los hombres son mortales	" 2.20
Alan Paton. — Tierra Mártir	" 1.90
López Ibor. — La Agonía del Psicoanálisis	" 0.60
Alexis Carrel. — La conducta en la vida	" 1.45
Juan Cunha. — Sueño y retorno de un campesino	" 1.75
Juan José Morosoli. — Muchachos	" 2.00
Emilio Oribe. — La Intuición Estética del Tiempo	" 2.00
Dora Isella Russell. — Juana de Ibarbouro	" 1.20

vacío, una laguna voluntaria y premeditada que se pasaba por alto, se eliminaba. Era como si un farmacéutico tuviese sobre un estante una hilera de frascos etiquetados conteniendo específicos distintos, y a uno de los frascos, lleno de una poción repulsiva, pegase un rótulo blanco. Y luego, al mirar su hilera de frascos, aceptaba que el de la etiqueta en blanco no contenía nada, absolutamente nada. De vez en cuando, al volver los ojos sobre el recipiente prohibido y al plantearse nuevamente el problema, el farmacéutico lo apartaba rápidamente y volvía a contemplar los otros. Y así, a fuerza de pensar que no había nada dentro de aquel frasco, llegaría a convencerse de ello. Pero de pronto el frasco caía y se estrellaba contra el suelo... El líquido insoportable y viscoso se derramaba por todas partes.

De la tortura surgía la pregunta: ¿Por qué?... El trozo de plomo, irregular y afilado rodó otra vez dentro del pecho de Pepe. Veintitrés amapolas. ¿Por qué? ¿Y Miss Moira...? ¿Por qué?...

—“Con dos docenas alcanza, Pepe. Vamos a la cocina a hacer el ramo.”

El reloj de la iglesia dió las cuatro. El sonido de la última campanada fué rebotando calle abajo, rechazado por las paredes blanqueadas, curvándose en las molduras de las cornisas, ahogándose en la madera de las puertas cerradas. Pepe avanzó calle arriba, los zapatos lustrados y las medias tirantes, la raya del pelo geométrica y rectilínea, y el ramo de amapolas anaranjadas en la mano, contra la pana de la chaqueta. Con los ojos fijos en el cordón de la vereda, arrastraba los tacos contra los adoquines irregulares de la calle. Era su desquite; no había nadie para decirle “Pepe, no camines así!”

Un tronco, dos troncos, tres troncos; todos los árboles iguales, con la corteza pelada y mutilada de inscripciones. En la esquina, doblar a la izquierda. Cuatro troncos más, y otra vez la pesa afilada contra sus costillas; el zaguán de Miss Moira.

El zaguán estaba abierto; detrás del corredor

amplio, de baldosas pulidas, y a través de la cancel colonial de hierro forjado se veía el patio abierto, lleno de macetas de helechos y culandrillos. La fuente bordeada de azulejos reflejaba el cielo de otoño.

Pepe oprimió el botón del timbre. Una mucama desganada vino arreglándose la cofia y abrió la cancel de un tirón.

—“¿Está Miss Moira en casa? Quisiera verla”. La mucama miró socarronamente el ramo de amapolas. El rencor difuso acumulado durante la mañana de trabajo se transformó en sorna, y dijo burlona:

—“Un momento, caballero. Voy a llamarla”.

Pepe se sintió más humillado que nunca; todos lo sabían, todos se reían, hasta esa sirvienta aborrecible. Los objetos inocentes tomaron aspecto hostil, de complot agresivo. El farol pseudo-hispánico que pendía del techo del corredor era positivamente sardónico; la cancel de hierro expresaba un desdén refinado y el aire mismo del patio, en el que un rayo de sol hacía nadar moléculas luminosas exhibía su desprecio tenue, sutil, ponzoñoso.

Tuvo un impulso súbito de tirar las amapolas, que ahora se le antojaban flores toscas y baratas, y salir corriendo hacia la calle, huyendo de aquel patio, de aquella cancel. Hubo un ligero oscilar de las motas flotantes de la luz y se oyó un resonar de tacos ágiles sobre las baldosas azules. Miss Moira.

—“Joseph! This is a surprise”.

Estaba junto a él. Los ojos de Pepe veían los zapatos blancos de punteras rojas.

—“I bring you some flowers.” La frase preparada le pareció ridícula.

La voz de Miss Moira corrigió automáticamente el error gramatical:

—“I have brought you some flowers, Joseph.” Y luego, ascendente: “¡Pero si son preciosas! ¡Amapolas! ¡Y anaranjadas! Me gustan muchísimo.”

Había tomado el ramo en sus manos y lo miraba de distintos ángulos, haciéndolo girar de un lado a otro, sacudiendo levemente los pétalos, derramando partículas de polen.

—“¡Qué bueno que has sido Joseph, en acordarte de tu maestra! Pero ven, tienes que tomar una taza de té con nosotros; has llegado justo a tiempo, hoy hice una torta especial.”

La mirada de Pepe seguía fija en los zapatos atreviéndose a subir sólo muy lentamente: el ruedo de una pollera de tela escocesa, a cuadros verdes y rojos; un cinturón de charol negro, reluciente. Y detrás baldosas, baldosas azules, rectilíneas, desleídas.

—“Perc Joseph, di algo, ¿qué te pasa?”

Por fin se miraron; el rostro de Pepe estaba encarnado. La mano de Miss Moira, apoyada sobre la cancel para abrirla de par en par, quedó inmóvil; el sol hizo brillar su cabello color miel. Sus ojos, que sonreían dilatados, vieron los de Pepe, oscuros, huidizos.

El tiempo no se ajusta a la mecánica inflexible del reloj. Hay minutos cortos, hay minutos largos, hay minutos que no existen. Por una eternidad de treinta segundos dos líneas rectas, paralelas, unieron los dos pares de pupilas. El patio era un borrón de helechos verdes, la fuente una mancha azul, inmutable, el té una posibilidad teórica, intemporal, inexistente.

Y entre ellos dos, entre Pepe y Miss Moira, de los ojos oscuros hacia los ojos claros flotó la pregunta, inútil, incontestable, inevitable: ¿Por qué...? ¿Por qué...?

Una sombra cubrió el rostro de Miss Moira; su sonrisa se había detenido. Un rubor rosado subió por su cuello lentamente y se intensificó en las mejillas; sus pupilas se apartaron una fracción de centímetro hacia un lado.

La interrogación se hizo sólida, intangible, un objeto enorme que se eternizó en el patio soleado.

¿Por qué...?

Los dedos de Miss Moira, en un pequeño movimiento involuntario, hicieron crujir el papel tieso que envolvía los tallos de las amapolas.

Nada... Sin una palabra, Pepe giró en redondo. Sus zapatos lustrados sonaron una vez más contra las losas del zaguán y se alejaron por la calle adormecida.